

Erich Sauer, *La aurora de la redención del mundo* (dispensacional), Lit. Bíblica, Madrid, 1967.
 Erich Sauer, *El triunfo del Crucificado* (dispensacional), La Fuente, México, 1959.
Contemporary Evangelical Thought, varios autores; editado por Carl F. H. Henry, Channel Press, New York, 1957.
 Carl F. H. Henry, *Frontiers in modern Theology*, Moody Press, Chicago, 1965.
 Carl F. H. Henry, *Evangelicals at the Brink of Crisis*, Word Books, Waco Texas, 1967.
 Bernard Ramm, *A Handbook of contemporary Theology*, Eerdmans, Grand Rapids, 1966.
 Karl Barth, *Introducción a la Teología Evangélica*, Ediciones 62, Barcelona, 1966 (existe edición castellana).
 Karl Barth, *Bosquejo de Dogmática*, Ed. La Aurora, Buenos Aires, 1954.
 M. Gutiérrez Marín, *Dios ha hablado* (El pensamiento dialéctico de Kierkegaard, Brunner y Barth), Ed. La Aurora, Buenos Aires, 1950.
 Roger Mehl, *La Teología Protestante* (Un punto de vista neo-liberal), Ed. Taurus, Madrid, 1969.
Antología de teólogos contemporáneos, por varios autores (la mayoría no evangélicos), Ed. Kairós, Barcelona, 1969.
 Edward Schillebeeckx, *Revelación y Teología* (católico), Ediciones Sígueme, Salamanca, 1968.
 Rudolf Schnackenburg, *La Teología del Nuevo Testamento* (católico), Desclée de Brouwer, Bilbao, 1966.

Segunda parte

LA REVELACION GENERAL

XI.	LA REVELACION GENERAL (1)
XII.	LA REVELACION GENERAL (2)
XIII.	LA REVELACION GENERAL (3)
XIV.	LA REVELACION GENERAL (4)
XV.	LA REVELACION GENERAL (5)
XVI.	REVELACION GENERAL Y TEOLOGIA NATURAL (1)
XVII.	REVELACION GENERAL Y TEOLOGIA NATURAL (2)
XVIII.	REVELACION GENERAL Y TEOLOGIA NATURAL (3)
XIX.	LAS RESPUESTAS DEL HOMBRE A LA REVELACION GENERAL: LAS GRANDES RELIGIONES. EL BRAHMANISMO
XX.	LAS GRANDES RELIGIONES: EL BUDISMO
XXI.	LAS GRANDES RELIGIONES: EL CONFUCIANISMO
XXII.	LAS GRANDES RELIGIONES: EL TAOISMO
XXIII.	LAS GRANDES RELIGIONES: EL MAZDEISMO (Zoroastro)
XXIV.	LAS GRANDES RELIGIONES: EL ISLAMISMO (Mahoma)
XXV.	REVELACION Y RELIGION (1): LA SINGULARIDAD DE LA REVELACION BIBLICA Y DE LA PERSONA Y LA OBRA DE CRISTO
XXVI.	REVELACION Y RELIGION (2): LA IMPOSIBILIDAD DEL SINCRETISMO
XXVII.	NO HAY OTRO NOMBRE (1)
XXVIII.	NO HAY OTRO NOMBRE (2)

Bibliografía

LECCION 11.^a

LA REVELACION GENERAL (1)

Dios ha hablado. Y es a partir de esta Palabra divina que nos sentimos interpelados por Dios. La Biblia — como comprobamos a lo largo de todo este libro — no es, pues, el resultado de los «descubrimientos» que acerca de Dios pudieran haber hecho algunos hombres excepcionalmente piadosos y naturalmente dotados para el misticismo, sino el relato de un proceso de auto-revelación que Dios ha querido hacer llegar hasta nosotros para nuestra iluminación y nuestra salvación.

Si Dios mismo no se hubiera dado a conocer, el hombre no habría llegado nunca, por sí mismo, a tener un *claro* y *correcto* conocimiento de Dios.

Esto no supone, sin embargo, que el hombre no sea capaz de intuir, de alguna manera, la existencia de un Ser Supremo, mayormente como Creador. Todas las religiones — y, hasta cierto punto, la historia de la filosofía — son un testimonio del talante religioso del ser humano, si bien, al propio tiempo, estas mismas varias y contradictorias ideas religiosas, así como las múltiples y opuestas escuelas filosóficas, muestran la impotencia humana para llegar a un claro y correcto conocimiento de Dios.

Hemos de repetir, no obstante, que el hecho de que el hombre no sea capaz de un exacto conocimiento de Dios, a menos que la Divinidad misma se le haga manifiesta

mediante una *Revelación especial* —que los cristianos creen se halla en la Biblia—, no significa que sea totalmente incapaz de alcanzar lo que Calvino llamó «un cierto sentimiento de la divinidad», el cual se le impone al considerar las maravillas de la creación y al que denominamos *Revelación general*.

1. ¿Qué es la *Revelación general*?

Entendemos por tal la que nos es dada en la contemplación de los fenómenos de la naturaleza —y el estudio de las leyes que la rigen—, en la constitución y operación de la mente y el cuerpo humanos, y en los hechos de la historia colectiva y la experiencia personal (Salmos 8:2; 19:1-2; Romanos 1:19-20; 2:14, 15; Hechos 17:27).

La revelación general es *universal*, pues está abierta delante de todos los hombres para su estudio y reflexión, y así ha permanecido desde siempre en todas las épocas. Calvino lo expresó de esta manera: «Dios ha inscrito en cada una de sus obras ciertas notas y señales de su gloria tan claras y tan excelsas, que ninguno por ignorante y rudo que sea, puede pretender ignorancia», con lo que se hace intérprete de las palabras de Pablo en Romanos 1:19, 20: «Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de El, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa.»

A) *¿Es suficiente la Revelación general?*

En esta clase de revelación no hay mensaje de salvación, ni invitación a la comunión personal con Dios. A lo sumo se llega a admitir la existencia de Dios y, acaso, ciertas señales de su Providencia, pero nada se sabe de su justicia, su amor, su carácter y sus propósitos en relación con la Creación y sus criaturas que somos nosotros. Por la Revelación General podemos llegar a conocer que hay

un Dios, pero seguimos ignorando quién es y lo que es para nosotros. La Divinidad permanece alejada y Dios sigue siendo para la mayoría el Gran Desconocido (Hechos 17:23).

Por otra parte, ni la razón ni la intuición por sí solas —al contemplar las obras de la creación, al estudiar la constitución del ser humano y al meditar en la Providencia— pueden alcanzar el conocimiento de ciertas cuestiones vitales que no hallamos explícitas ni en la naturaleza ni en la historia: ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Cuál es el sentido de mi vida? ¿Cuál es el significado de la historia de la humanidad? Para estas y otras semejantes preguntas, la Revelación General no tiene respuesta y su problemática escapa a las capacidades humanas de investigación y conocimiento.

Todo ello nos lleva a formular una pregunta importante: ¿Hasta qué punto es capaz el hombre, en su estado actual, de conocer a Dios?

B) *La maleabilidad de la Revelación General*

Ya hemos citado a Calvino quien afirmaba que «los hombres tienen un cierto *sentimiento* de la divinidad en sí mismos», añadiendo: «y esto por *instinto* natural. Por que, a fin de que nadie se excusase so pretexto de ignorancia, el mismo Dios *imprimió* en todos un cierto conocimiento de su divinidad, cuyo recuerdo renueva.» Y también, más adelante: «Está esculpido en el alma de cada hombre un sentimiento de la divinidad, el cual de ningún modo se puede destruir; y que naturalmente está arraigada en todos esta convicción: que hay un Dios.»

En otro lugar, consideraremos con más detenimiento el problema filosófico-teológico de la cognoscibilidad de Dios. Baste decir aquí que, si por un lado es verdad que ciertas personas parecen poseer algo así como una idea innata de la divinidad y que aún en otras es dable observar algún sentimiento religioso si bien vago y confuso, por otro lado no es menos verdad que la Revelación General ha dejado

LECCION 12.^a

LA REVELACION GENERAL (2)

de tener poder sobre muchos hombres. Hoy más que nunca asistimos al espectáculo de una indiferencia religiosa creciente. Hay más, el hombre rechaza deliberadamente, en muchos casos, todo testimonio que pudiera venirle de parte de la Revelación General. En otros círculos —mayormente de teólogos universalistas— se valora teóricamente esta Revelación General a expensas de la Revelación Especial, lo cual resulta mucho peor ya que en el fondo es una perversion de la doble manifestación reveladora de Dios, tal cual Pablo la describe en Romanos 1:21-32.

En nuestra época, suele perderse la noción, o el recuerdo, de Dios por causa de la indiferencia a que hemos aludido, unida a una gran ignorancia religiosa, de tal modo que al vérnoslas con los avatares de la existencia no acertamos a discernir la mano de Dios en ninguna parte. Viene luego la propaganda atea, o el impacto de ideologías a la moda que casi siempre se construyen de espaldas a Dios. Fuere como fuere, cada época ha tenido su peculiar manera de malear la Revelación General. En el siglo xvi se escribió: «Así como la experiencia muestra que hay una semilla de la religión plantada en todos por una secreta inspiración de Dios, así también, por otra parte, con gran dificultad se hallará uno entre ciento que la conserve en su corazón para hacerla fructificar; pero no se hallará ni uno sólo en quien madure y llegue a sazón y a la perfección. Porque sea que unos se desvanezcan en sus supersticiones, o que otros a sabiendas maliciosamente se aparten de Dios, todos degeneran y se alejan del verdadero conocimiento de Dios» (Calvino).

CUESTIONARIO:

1. ¿Podemos alcanzar un claro y correcto conocimiento de Dios si Dios mismo no se da a conocer? — 2. Defina la Revelación General. — 3. ¿Es suficiente la Revelación General? — 4. ¿Por qué cree usted que la Revelación General ha dejado de tener poder sobre muchos hombres en nuestros días? — 5. Explique «la maleabilidad de la Revelación General».

2. ¿Cómo pervierte el hombre la Revelación General?

¿Por qué pervierte el hombre el testimonio de la Revelación General? Por causa del pecado. Los problemas que el hombre se plantea —en cualquier esfera que sea— no giran alrededor de su intelecto únicamente, sino que atañen igualmente al estado de su corazón y de su voluntad. El hombre no es nunca inteligencia pura y sus facultades cognitivas están condicionadas por lo que es en su totalidad como persona compuesta de sentimientos tanto como de pensamientos. Ahora bien, la Biblia presenta al hombre total —en su mente, corazón y voluntad, y en su espíritu tanto como en su cuerpo— como *un ser caído*, pecador, y como tal pervierte el testimonio de la Revelación General. ¿De qué manera?

- A) *El pecado pervierte nuestro entendimiento tanto como nuestros sentimientos y nuestra voluntad, y así malea General*

Tal es la tesis de Pablo en Romanos 1-3, resumida en los versículos 21 y 22 del primer capítulo de la citada epístola: «Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron

en sus *razonamientos* y su necio *corazón* fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios.» Hemos subrayado intencionadamente los vocablos «razonamientos» y «corazón».

En los versículos 19 y 20, Pablo afirma que el hombre debería conocer a Dios por todo lo que de El se le hace manifiesto en la Creación. No obstante, sigue en los versículos 21 y 22, no ocurre así: el hombre que debería reconocer a Dios, o bien pervierte este conocimiento o le sirve de muy poco. En cualquier caso, los hombres «no glorificaron a Dios» y, por consiguiente, «no tienen excusa». ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo ha sucedido? Examinemos más de cerca Romanos 1:21 y 22, planteándoles algunas preguntas:

1.ª ¿Qué uso hace el hombre de su razón?

«Se envanecieron en sus razonamientos», es decir: su razón se hizo cosa vana, vacía y huera, justamente cuando por haber tenido oportunidad de alcanzar algún conocimiento de Dios, debían haberle glorificado. Mas ni le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias.

2.ª ¿Cuál es el estado de su corazón?

«Y su necio corazón fue entenebrecido», como consecuencia del torpe uso hecho de la razón. Se da una ambivalencia entre los «razonamientos» y el «corazón». Ambos se influyen y se condicionan mutuamente. La vanidad de la razón determina la necesidad del corazón; ¿de dónde surge aquella vanidad que entorpece el recto empleo de la razón si no es del corazón, el cual, a su vez, se torna vano por la necesidad del entendimiento? Los «razonamientos» se hallan a merced de un corazón necio y el «corazón» es entenebrecido por la vanidad de la razón. ¿Conclusión? «Profesando ser sabios, se hicieron necios» (ver. 22). Algunas versiones inglesas traducen *locos* en vez de «necios», haciendo alusión a la locura de signo espiritual que determina nuestra

total ignorancia de las cosas del Espíritu (1.ª Corintios 2:14), y a cuanto atañe a las últimas realidades tocante al hombre y al universo. La primera acepción del vocablo griego *moros* es *loco*.

3.ª ¿Cómo ha llegado el hombre a la situación actual?

Ya lo hemos apuntado más arriba, pero ahora deseamos bosquejarlo para mayor claridad. Existen tres razones que explican la situación a que han abocado todos los seres humanos de alguna manera:

1.ª razón: «Habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios.»

2.ª razón: «habiendo conocido a Dios, no le dieron gracias», y

3.ª razón: «habiendo conocido a Dios, se envanecieron en sus razonamientos.»

Por la expresión «habiendo conocido a Dios» (ver. 21.ª) no hemos de entender una percepción clara y correcta de la Divinidad. El sentido de esta frase lo da el contexto, es decir: los versículos 19 y 20 que se refieren a la Revelación General y al entendimiento que de ella podría tener el hombre.

Es ahora cuando vemos con claridad que la caída y el estado presente de todo ser humano —pecador— determinan el uso de sus facultades todas. Por consiguiente, el problema que se le plantea no es sólo intelectual sino *moral* también. De ahí la expresión del apóstol: «de modo que no tienen excusa.» Es lo que comprobamos desde el principio, en el Génesis: el hombre quiso ser como Dios. Y desde entonces, la tendencia al endiosamiento es constante.

El resumen de lo dicho es que el hombre da voluntariamente la espalda a Dios cuando tiene posibilidad de conocerle aunque sea por el testimonio parcial de la Revelación General. Calvino lo expresó de esta manera: «Su vanidad,

juntamente con su soberbia, se muestra en que los miserables hombres no se elevan sobre sí mismos, como sería razonable, para buscar a Dios, sino que todo lo quieren medir conforme a la capacidad de su juicio carnal, y no preocupándose, verdaderamente y de hecho, de buscarlo, no hacen con su curiosidad más que dar vueltas a vanas especulaciones.»

Esta es la razón que explica por qué S. Pablo comienza su reflexión con el tema de la ira de Dios (ver. 18). Todo hombre, toda nación, toda cultura que se niega a reconocer las evidencias —por tennes que sean— de la Revelación General en las obras de la creación y en la Providencia, y pervierte de alguna manera la Revelación, se halla bajo el juicio y la ira de Dios.

CUESTIONARIO:

1. ¿Qué tiene que ver el pecado con la Revelación General? — 2. ¿Qué uso suele hacer el hombre de su razón? — 3. ¿Y de su corazón? — 4. ¿Tiene excusa el hombre por su incredulidad? — 5. ¿De qué manera se hallan relacionadas la Revelación General y la ira de Dios?

LECCION 13.^a LA REVELACION GENERAL (3)

B) *El pecado —que pervierte la Revelación General— se hace acreedor a la ira de Dios y ello explica que la Escritura sitúe la Revelación General en un contexto dominado por la manifestación de la ira divina*

«Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de El... se hacen claramente visibles desde la creación del mundo... de modo que no tienen excusa» (versículos 18-20).

Observamos en el ver. 18 —y en todo lo que sigue— que la ira de Dios se cierne no tanto sobre nuestra ignorancia (ni siquiera aparece el vocablo que pudiera hablar de ella en estos textos) como sobre lo que de injusto e impío tiene la misma. En efecto, el apóstol no dice que la ira divina se revela contra los hombres por haber éstos defenido con error la verdad. Dice, más bien: que la verdad ha sido detenida por la injusticia. He aquí la causa de nuestro error y la fuente de nuestra ignorancia. ¿Acaso podrá hallarse mayor injusticia que la rebeldía del hombre contra su Hacedor?

El problema que tenemos planteado trasciende lo meramente filosófico y cae igualmente de lleno en la esfera de

lo ético. A diferencia de las categorías griegas de pensamiento, para quienes el verdadero problema era siempre *noético* —el conocer—, las categorías hebreas —bíblicas— son mucho más complejas y, por tanto, responsabilizan al hombre en su totalidad existencial.

La ira de Dios se revela contra la *impiedad* (la actitud rebelde en contra de Dios) y la *injusticia* (la actitud rebelde en contra del prójimo). Ambas se interfieren y se relacionan como vemos en todo lo que sigue a partir del ver. 18 de Romanos 1. La impiedad conduce a la injusticia y ésta a aquélla inexorablemente.

La palabra «verdad» —*alétheia*¹— se usa en la Escritura en un sentido más amplio del que le damos en castellano. De ahí que, en un sentido, sea lo opuesto de la injusticia tanto como del error; ejemplos de este uso los hallamos en Romanos 2:8 y Gálatas 3:1 y 5:7. Tiene que ver con la moral tanto como con la verdad religiosa —inseparables para el pensamiento hebreo— (Cf. Juan 3:21; 8:32; 2.ª Corintios 4:2; 2.ª Tesalonicenses 2:12) y equivale a «la verdadera religión»; es decir: lo que es verdadero y correcto delante de Dios, lo que es justo a sus ojos» (Ch. Hodge).

El verbo «detener» —*detienen* con injusticia la verdad— puede significar también *esconder* o *suprimir* (2.ª Tesalonicenses 2:6, 7), con lo que se nos da un cuadro mucho más completo y sombrío de lo que el hombre es capaz de hacer con la verdad de Dios. El problema fundamental que tarde o temprano tiene que afrontar todo ser humano no es tanto si *puede* creer como si *quiere* creer.

Dios «no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones» (Hechos

1. Para el hebreo, la *verdad* era una «*asfáleia*» o *seguridad*. Así la verdad de Dios es la fidelidad a sus promesas, mientras que la verdad del hombre es su obediencia a la voluntad de Dios (cf. Ecl. 12:13), o sea su fidelidad al plan salvífico de Dios.

14:17), pero este testimonio de la Revelación General ha sido maleado y pervertido por el hombre de modo que no tenemos excusa (Romanos 1:20). «Profesando ser sabios, se hicieron necios» (Rom. 1:22). A lo largo de toda la Escritura se nos presenta una íntima conexión entre el pecado y la locura, la sabiduría y la piedad. En términos bíblicos, el hombre impío es un loco; el sabio es el piadoso, el que teme a Dios, porque el pecado es locura y la piedad comprensión. La locura y las tinieblas de las que habla Pablo en Romanos 1:21, son suficientemente expresivas de la falta de conocimiento divino, lo cual es tanto el efecto como la causa de la depravación moral (Ch. Hodge).

La Revelación General es, pues, en el fondo un testimonio que nos acusa (Romanos 1:20).

CUESTIONARIO:

1. *Explique el concepto bíblico de «verdad».* — 2. *¿Qué conexión existe entre el pecado y la locura espiritual?*

LECCION 14.^a

LA REVELACION GENERAL (4)

sías de nuestro cerebro y robamos al Creador, que es la fuente de la justicia, la sabiduría, la bondad y la potencia, la alabanza que se le debe, atribuyéndolo a una cosa u otra. Y en cuanto a sus obras ordinarias, o se las oscurecemos, o se las volvemos al revés, de suerte que no les damos el valor que se les debe, y a su Autor le privamos de la alabanza».

D) ¿Y los «Salmos de naturaleza»?

Entendemos por tales los que alaban a Dios como Creador y son tenidos por algunos como «prueba» de que la misma Biblia apoya la idea de que el hombre puede elevarse al conocimiento de Dios —y a un entendimiento del mismo bastante claro y correcto— tan sólo por la contemplación de los fenómenos de la naturaleza.

Hemos de recordar, no obstante, que estos salmos no fueron escritos por paganos que pudieran expresar en ellos la trayectoria de su elevación desde la ignorancia al conocimiento de la Divinidad, considerando las obras de la creación. Todo lo contrario: estos salmos fueron escritos por el pueblo de Dios.

Esto es lo que, al parecer, pasó desapercibido al Concilio Vaticano I, hace poco más de un siglo. El capítulo II del esquema *De Fide Catholica* expuso la doctrina de la Revelación según la enseñanza tridentina. Los dos primeros párrafos que trataban de explicar el hecho y la necesidad de la Revelación en el orden natural y sobrenatural adolecen, como es característico en la teología católico-romana, del inadecuado reconocimiento de la condición caída del hombre, arruinado como está por el pecado. El texto aprobado (Denzinger, 1785 - 1788) asegura que es posible un *conocimiento verdadero de Dios por la sola luz de la razón*, aparte de la Revelación divina especial. Esta ha tenido lugar —y Roma lo admite—, pero, aun sin ella, el hombre hubiese igualmente podido llegar al conocimiento de Dios. De ahí la siguiente afirmación: «No por ello ha de decirse que la Revelación sea absolutamente necesari-

C) *La Revelación General es, en el fondo, un testimonio que nos acusa, porque denuncia nuestro pecado de indiferencia y de incredulidad, que mantiene cerrados nuestros ojos y nuestros corazones a las maravillosas obras de Dios en la creación y en la historia. La Revelación General es testigo de nuestra soberbia, nuestra vanidad y nuestra necesidad espirituales.*

«Veis, pues, cómo tantas lámparas encendidas en el edificio del mundo nos alumbran en vano... pues de tal suerte nos alumbran, que de ninguna manera pueden por sí solas llevarnos al camino recto. Así que, aunque Dios no haya dejado de dar testimonio de sí, convidando y atrayendo dulcemente a los hombres, con su gran libertad, a que le conociesen, ellos, con todo, no dejaron de seguir sus caminos; quiero decir, sus errores gravísimos» (Calvino).

Los destellos del conocimiento de Dios que podríamos adquirir por medio de la Revelación General, sólo sirven para hacernos inexcusables. Porque —y volvemos a citar a Calvino, quien sobre esta cuestión escribió páginas que todavía hoy, al cabo de cuatro siglos, no han perdido fuerza ni actualidad— «en el momento en que al contemplar el mundo saboreamos algo de la divinidad, dejamos al verdadero Dios y en su lugar erigimos las invenciones y fanta-

ria» (Denzinger, 1786), se está refiriendo a la Revelación Especial. Se trata de la exaltación de la razón hecha paradjóicamente por quienes condenaron los errores del racionalismo incrédulo, o indiferente, pero siempre anticlerical. Encontramos aquí el sello inconfundible de la «Teología Natural» tan cara a la Iglesia Romana, con su desmesurado optimismo. Independientemente de la subestimación de la caída de la naturaleza humana, quizá se deba también, en parte, a la dicotomía escolástica —tomista— entre la razón y la voluntad, según la cual ésta se halla más afectada por el pecado que aquélla, como ha expuesto Schaeffer en *Huyendo de la razón*. Por eso, Tomás de Aquino afirma que el hombre natural puede conocer con certeza a Dios, pero niega que pueda, sin la gracia, amarle sobre todas las cosas. Al parecer, lo único que justifica para Roma la Revelación Especial es el fin sobrenatural a que está destinado el hombre. Aparte de esto: «Dios puede ser conocido por la luz natural de la razón humana... Aquello que en las cosas divinas no es de suyo inaccesible a la razón humana» (Denzinger, *ibid.*) Se cita el texto de Romanos 1:20, pero sin tener en cuenta todo el contexto y el razonamiento del apóstol en el mismo. Como acabamos de ver, este texto, con su contexto, enseña precisamente el gran abismo que media entre la Revelación General de Dios y el conocimiento imperfecto, maleado, del hombre caído que no acierta a ver ya la mano de Dios en la naturaleza. «Es imposible hablar de la Revelación General —escribe el gran teólogo holandés G. C. Berkouwer— sin considerar al mismo tiempo la ira de Dios que condena al hombre (Romanos 1:18) por haber sustituido la verdad por la injusticia.»

Los «Salmos de naturaleza» (Cf. Salmos 8, 19, 65, 104, etcétera) salieron de corazones redimidos, no paganos. Movidos por la inspiración del Espíritu Santo, y alentados por las vivencias y las experiencias del pueblo escogido y redimido por Yahvé, constituyen el fruto y la fragancia del santuario de Israel.

¿No dice, acaso, lo mismo el autor de Hebreos (11:1-3) cuando señala que «por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la Palabra de Dios», dando a entender que la majestad divina, de suyo invisible, se nos manifiesta, sí, por los mundos visibles, pero que nosotros no tenemos ojos suficientemente abiertos, o puros, para poder verla, si primero no son iluminados por la fe? No en vano Efesios 1:18 habla de la iluminación de los ojos del corazón, según los mejores manuscritos.

Los Salmos de naturaleza, y otros textos afines, nos ofrecen una visión creyente de la creación; es decir: por medio de los lentes de la Revelación Especial, el hombre redimido contempla las maravillas de la Revelación General que, gracias a la iluminación que el Espíritu le ha dado a través de aquella Revelación, son ahora evidentes y reveladoras de la gloria de Dios. Ya lo señaló el mismo Calvino: la Revelación Especial es algo así como unas lentes que nos van a permitir leer de nuevo en el libro de la naturaleza y de la historia y, asimismo, abren nuestros ojos a los atributos y propósitos de Dios.

CUESTIONARIO:

1. ¿Por qué nos acusa la Revelación General? — 2. ¿No son los «salmos de naturaleza» una prueba de que el hombre, tan sólo contemplando el universo, es capaz de elevarse hasta el conocimiento de la divinidad? — 3. Explique la doctrina católica sobre la Revelación General según fue expuesta por el Vaticano I (esquema De Fide Catholica).

LECCION 15.^a

LA REVELACION GENERAL (5)

Comentando Romanos 1:20, Charles Hodge escribe: «Aunque la revelación de Dios en sus obras es suficiente para hacer al hombre inexcusable (siendo esta Revelación General un hecho, no se puede alegar ignorancia ni justificar de ninguna manera la indiferencia frente a Dios), no se sigue de ello que sea suficiente para conducirlo, ciego como está por el pecado, a un conocimiento salvador por sí mismo. Lo que Pablo dice de la ley —débil por causa de la carne— esto es: insuficiente por causa de nuestra corrupción, puede también decirse de la luz de la naturaleza, porque aun siendo suficiente en sí misma como Revelación, no lo es considerando la torpeza y el desagrado del hombre por las cosas divinas.»

3. ¿En qué sentido podemos hablar de la insuficiencia de la Revelación General?

Al considerar nuestras capacidades naturales, nos damos cuenta de que la Revelación General es insuficiente, porque lo que es finito no puede abarcar lo infinito por sus solos recursos.

Por otra parte, incluso aquello que el hombre logra captar en la Revelación General no le ofrece la respuesta a todos sus grandes interrogantes, pues a lo sumo a que alcanza es a admitir que hay Dios pero no a saber cómo es este Dios y qué es para nosotros.

¿Y cuánto más no nos percatamos de la insuficiencia de la Revelación General si atendemos al hecho trágico, insoslayable, del pecado que se manifiesta como elemento corruptor de la mente y del corazón de todo hombre?

Llegamos, pues, a la conclusión de que la Revelación General es insuficiente para darnos un conocimiento claro, correcto y adecuadamente completo de la Divinidad. ¿En qué sentido, sin embargo, podemos hablar de la Revelación General como de cosa insuficiente?

Hemos de vigilar nuestro vocabulario. La Revelación General no es insuficiente en sí misma, sino por causa nuestra. Tampoco hemos de pensar que es deficiente, ya que la deficiencia está en nosotros.

Tampoco podemos tildar de insuficiente, o deficiente, a la Revelación General por el hecho de que no sepa responder a las cuestiones básicas de la existencia humana (¿De dónde vengo, a dónde voy, etc.?), independientemente de dicha condición caída de la raza humana. La función de dicha Revelación no fue jamás responder a estos interrogantes, sino simplemente dar algunos indicios de la existencia de Dios para que, movidos por ellos, buscáramos más luz y glorificáramos al Creador. Dado que la Revelación General no ha dejado de ofrecernos nunca estos atisbos por los que llegar a la idea del Creador, el hombre es deficiente y culpable —no la Revelación General—, sin excusa, pero la manifestación del poder divino en las obras de la naturaleza ha seguido dando su testimonio.

La insuficiencia, pues, de la Revelación General no le viene de ella misma, sino de nosotros. Por consiguiente, sería mucho más correcto hablar de nuestra insuficiencia y nuestra deficiencia ante dicha Revelación.

Jamás hemos de disminuir la grandeza y la majestad de dicha acción reveladora del «eterno poder y deidad» que «se hacen claramente visibles desde la creación del mundo». De ahí que este testimonio general de Dios nos acusa y nos condena por no saber apreciar toda la grandeza, la gloria y la hermosura del Creador de una tal creación.

REVELACION GENERAL Y TEOLOGIA NATURAL (I)

Resumen

- 1 — Dios debiera ser conocido por medio de la obra de su creación (Romanos 1:19-20. Cf. también: Hechos 14:16-17; 17:27 y ss.).
- 2 — El hombre, a causa de su condición caída, no acierta a obtener un conocimiento correcto de Dios, antes al contrario pervierte siempre cualquier atisbo de la Divinidad. (Romanos 1:21-25).
- 1) El pecado pervierte nuestro entendimiento y convierte en ineficaz el testimonio de la Revelación General.
- 2) El pecado —al pervertir la Revelación General— se hace acreedor a la ira de Dios.
- 3) La Revelación General es, en el fondo, un testimonio que nos acusa.
- 4) Los «Salmos de naturaleza» —y otros textos paralelos— no desmienten lo dicho hasta aquí, pues ellos no son el resultado de una mente pagana, sino el fruto que surge del santuario de Israel, iluminado por la Revelación Especial, con la que puede volver a leer de nuevo, y con nueva luz, el testimonio de la Revelación General.

CUESTIONARIO:

1. *¿En qué consiste la insuficiencia de la Revelación General? ¿Es insuficiente «en sí misma» o por causa nuestra?*
2. *Explique Romanos 1:20.* — 3. *Resume la doctrina bíblica de la Revelación General.*

Es bien conocida la afirmación de Calvino de que el corazón del hombre es una fábrica de ídolos: «De aquí salió aquella infinidad de errores que llenó y cubrió todo el mundo; porque el espíritu de cada uno es como un laberinto, de modo que no hay por qué maravillarse, si cada pueblo ha caído en un desatino; y no sólo esto, sino que casi cada hombre se ha inventado su Dios. Pues porque la temeridad y el atrevimiento se unieron con la ignorancia y las tinieblas, apenas ha habido alguno que no se haya fabricado un ídolo a quien adorar en lugar de Dios. En verdad, igual que el agua suele bullir y manar de un manantial grande y abundante, así ha salido una infinidad de dioses del entendimiento de los hombres, según que cada cual se toma la licencia de imaginarse vanamente en Dios una cosa u otra».

Mas erraríamos si imagináramos que esto sólo tiene que ver con la idolatría grosera del que llama dioses a las obras de sus manos. Idolatría es no sólo fabricarse dioses falsos, sino adorar falsamente al verdadero Dios o erigir en su lugar cualquier otro Absoluto.

Quiéralo o no, el hombre no puede evitar la orientación «religiosa» de la vida. Se inclina por algún «Absoluto» —sea filosófico, político, místico, etc.— para religarse a él (Religión viene de «religare») fundamentalmente. Incluso el indiferente se suma a un «Absoluto»: el nihilismo, sea cons-

ciente o no de ello. Esta relación religiosa se halla en la base de toda acción, todo pensamiento y toda actitud. Los compromisos que pueda tomar el hombre vienen marcados por este concepto religioso, es decir: «Absoluto.» El verdadero problema que se le plantea, pues, no es el de escoger entre religión y no religión, sino entre el Absoluto de Dios y el Absoluto de los ídolos (sean teístas o ateos, para el caso es lo mismo: idolatría siempre).

Hechas, pues, estas consideraciones a la luz de cuanto explicamos en la lección anterior, cabe preguntarnos si es lícita una Teología Natural.

1. ¿Es lícita una Teología Natural?

¿No existe el peligro de que por el camino de la Revelación General lleguemos al concepto católico-romano de la *Teología Natural*? Ya consideramos, en la lección anterior, el énfasis que la teología romana da a las posibilidades de un *conocimiento* natural de Dios, el cual no se deriva de la Revelación Especial de Dios en Jesucristo, sino de la luz natural de la razón, por medio de la cual es dable alcanzar un correcto entendimiento de la Divinidad. Esta corriente teológica fue declarada doctrina infalible en el Concilio Vaticano I, y desde entonces es dogma de fe para los católicos el creer en la posibilidad de un *verdadero*—aunque incompleto—conocimiento de Dios, completamente aparte de la Revelación Especial comunicada en y por Cristo. De ahí se sigue, igualmente, la preocupación por hallar «pruebas racionales» de la existencia de Dios, preocupación cuyo máximo exponente es quizá Tomás de Aquino. Así, Dios no sólo puede ser *conocido* sino *probado* ² por la sola luz de la razón natural, independientemente de la luz procedente de la Revelación Especial.

Karl Barth vio este peligro y para evitar todo conato de Teología Natural negó la Revelación General. Al obrar

2. Cf. Denzinger, ed. 32.^a, n.º 3.538, al comienzo del juramento antimodernista.

así, ¿no partía precisamente del mismo punto de vista que la teología católica? Es decir, ¿no identificaba la Revelación General con la Teología Natural, o, al menos, no presuponia que la una lleva a la otra inexorablemente? Barth olvidó el hecho de que la teología reformada ha admitido siempre la validez de la Revelación General que se manifiesta en las obras de la creación y *al mismo tiempo* ha confesado siempre la necesidad ineludible del conocimiento de Dios por medio de la Revelación Especial en Jesucristo. Ahora bien, con el mismo énfasis ha negado la teología reformada que el hombre pueda llegar, tan sólo con la ayuda de la Revelación General, a un verdadero y correcto conocimiento de la Divinidad, puesto que la enseñanza de Romanos 1 demuestra que el hombre no capta suficientemente dicha Revelación, no la entiende en todo su significado y, finalmente, la corrompe o la niega. El Artículo 2 de la Confesión Belga, por ejemplo, así como la Confesión de La Rochelle (ambas reformadas) y hasta incluso los Cánones del Sínodo de Dort (cánones III, IV 4, etcétera), enseñan la Revelación General de Dios por las obras de la naturaleza, pero no dan pie—antes al contrario, niegan toda posibilidad—a una «Teología Natural» en el sentido católico-romano. Ciertamente, el hombre—incluso en su estado actual, caído y pecador—se halla rodeado de luz, porque vive en el mundo creado por Dios y sostenido por la Providencia. Pero tiende a oscurecer esta luz de la naturaleza con las tinieblas de su ignorancia y con la oposición que le hace por medio de su injusticia. Lejos de conducir a una exacta comprensión de la Divinidad, la Revelación General nos plantea el problema de nuestra culpabilidad y nos hace ver la necesidad de una Revelación Especial tanto como de una salvación igualmente especial y divina. Aquellos que únicamente han contemplado la Revelación General «tienen el entendimiento entenebrecido, ajenos a la vida de Dios, por la ignorancia que hay en ellos, por la dureza de su corazón...» (Efesios 4:18): el hombre no puede ser tenido por inocente. Su actitud frente al mundo creado por Dios le delata y le acusa.

Así, en contra del «verdadero conocimiento» que Roma supone puede sacarse de una Teología Natural pretendidamente basada en la Revelación General, la Reforma enfatizó la corrupción en manos del hombre pecador de los datos que esta Revelación pueda aportar y su alejamiento progresivo de todo posible correcto entendimiento de Dios; la Reforma tomó igualmente una actitud crítica con respecto a las pretendidas «pruebas» de la existencia de Dios elaboradas por la teología romana.

Es lamentable que Karl Barth no tuviera en cuenta nada de esto. Por consiguiente, aquí —como en otros puntos— su teología no merece el nombre de reformada. Para el teólogo de Basilea no hay Revelación General y así como solamente Cristo es Salvador, asimismo sólo él es revelador. A todas luces, tal concepto se aparta del testimonio bíblico, el cual presenta a Jesucristo como la culminación de la Revelación (Hebreos 1:1-3), pero no como el único Agente revelador. Ciertamente Cristo mismo es el que por su Espíritu habló a los profetas y, en este sentido, Él es siempre la Palabra del Padre. Pero Barth niega que haya revelación propiamente dicha en el Antiguo Testamento; a lo sumo, tan sólo *señales* que de alguna manera apuntan hacia el futuro en que será dada la única Revelación digna de este nombre. El error de Barth aquí conviene relacionarlo con su deficiente doctrina de la inspiración de la Biblia. Por otra parte, se le escapó el tremendo significado acusador de la Revelación General y su *función* —paralela a la de la ley, según el contexto de Romanos 1 y 2, en donde Pablo reconoce que lo que la Torah hace en los judíos, acusándoles, es lo que las obras de la naturaleza hacen en los gentiles, acusándoles igualmente por su torpeza y su desvarío—, de tal manera que, aunque oponiéndose a los excesos de la «Teología Natural» católica, él mismo cayó en otro extremo erróneo. No comprendió que la Revelación General bien entendida —es decir: bíblicamente comprendida— va siempre acompañada de la realidad del pecado al que señala y denuncia, excluyendo

así radicalmente toda posibilidad de Teología Natural. Para negar ésta, no es necesario negar también la Revelación General.

CUESTIONARIO:

1. *¿Cree usted que el corazón del hombre es una fábrica constante de ídolos?* — 2. *¿En qué consistió la reacción de Karl Barth frente a la Teología Natural católica?* — 3. *¿Cuál fue la reacción de la Reforma?* — 4. *Señale los equívocos de Barth en lo tocante a la Revelación General.*

LECCION 17.^a

REVELACION GENERAL Y TEOLOGIA NATURAL (2)

2. Los peligros que acechan a la Revelación General

Cuanto llevamos dicho, especialmente en relación con Barth, no debe hacernos olvidar que acechan peligros en todo intento de formular una adecuada definición de la Revelación General. Esta amenaza se perfila casi siempre como un ataque —solapado, a veces; inconsciente, otras (tal vez éste sea el caso de la Teología Natural)— a la singularidad y exclusividad de la Revelación Especial. De alguna manera, se trata de minimizar el carácter único de la Revelación de Dios en Jesucristo.

Es un hecho que durante los últimos siglos se ha desvalorizado en muchos sectores la Revelación Especial en aras de una Revelación divina mucho más amplia y general. Esto se hizo evidente en la llamada «escuela de las religiones» en la segunda mitad del siglo xix. Hoy día, con el resurgir del budismo, el islamismo y el interés occidental por las formas orientales del pensamiento y la religión, asistimos a un parecido intento de apelar a una Revelación General en menoscabo de la singularidad y exclusividad de la Revelación Especial. Discernimos esta corriente en ciertos círculos ecuménicos en donde, además, tiene oportunidad de codearse con la Teología Natural católica. El sincretismo de la teología liberal del campo

protestante³ se asocia a un creciente *universalismo* católico que hizo su aparición, más o menos velada, a partir del Concilio Vaticano II, y uno de cuyos máximos exponentes entre nosotros es Raymond Paniker, quien en mayo de 1967 escribía: «En última instancia, toda religión está misteriosamente dirigida a Cristo y éste, sorprendentemente, pero no menos realmente, actúa en cada una de ellas. Todo hombre que vive su religión, aún sin saberlo, está unido a Cristo.»⁴ El profesor católico R. Roquer, comentando esta corriente universalista y sincretista, ha escrito: «Todavía es más significativo el sintoma que se transparenta en la preocupación de los grandes teólogos para exponer —como en Rahner y en Küng, por ejemplo— de qué manera es posible la fe en la actualidad. Un cierto «fideísmo» se insinúa en las explicaciones de todos ellos.

Hoy, son muchos los católico-romanos que afirman, enfáticamente, la posibilidad de hallar a Cristo en cualquier religión, porque suponen que la Revelación del Señor ha tenido lugar a través de todas las grandes religiones y hasta incluso en escuelas de pensamiento e ideologías habidas en el curso de la historia. Por supuesto, estas ideas se alejan de las formulaciones clásicas de la Teología Natural, pero, en un sentido, dicha teología hace posible —y hasta prepara el terreno— a un concepto sincretista de la Revelación General que desborda a ésta misma para llegar a la *Religión* (más que a la *Revelación*) *general* en la que quedan absorbidas, y anuladas, todas las distinciones entre Revelación General y Revelación Especial. Hemos de señalar, además, que el Catolicismo romano ha

3. Cf., entre otros, John Macquarrie, *Principles of Christian Theology*, 1966.

4. Revista *Cuadernos para el Diálogo*; cf. el libro de reciente publicación del mismo autor, *Misterio y Revelación*, Ed. Marova, Madrid, 1971.

alimentado, en el curso de su devenir histórico, toda una serie de gérmenes que, tarde o temprano, tenían que llegar al punto en que nos encontramos actualmente. Fue precisamente al considerar estos elementos de la teología católica que Karl Barth —anhelando curarse en salud— colocó el énfasis en el extremo opuesto con las consecuencias que ya hemos estudiado. Sin embargo, hay mucho de verdad en las advertencias y temores del teólogo suizo. Afirma que la historia de la Iglesia y de la teología demuestran que allí donde se ha aceptado una *segunda* fuente de conocimiento de Dios —por ejemplo, Escritura y Tradición, Escritura y Razón o Escritura y Emoción— se ha terminado siempre con la devaluación de la primera fuente. Es innegable que la Tradición (Roma) ha hecho sombra a la Escritura y también que la razón y la emoción (racionalismo y subjetivismo) han anulado práctica y teóricamente el valor y el impacto de la Revelación de Dios en Jesucristo. Concretándonos al campo católico-romano, ha habido siempre una cierta fluidez en sus conceptos de Revelación, y así el camino ha quedado abierto para esta amplitud y vaguedad modernas que facilitan el camino al universalismo sincretista.

Por otra parte, la *soteriología* católica —particularmente, a partir de Trento— al poner el énfasis en las «obras», más que en la gracia, ha impulsado igualmente ciertos conceptos que sirven de combustible a cualquier posible sincretismo. Entre estos conceptos descuella lo que se ha venido diciendo y enseñando tocante a la salvación de los paganos: «Si uno ha obrado bien —se afirmaba— y según su conciencia, aunque no conozca a Cristo, será salvo.» Si es el hombre con su esfuerzo lo que determina la salvación y aparte de la gracia de Dios que no se niega en teoría, pero se enfatiza en la práctica, ¿qué más da si este «esfuerzo redentor» se realiza en un contexto «cristiano» o no?

Soteriología y Revelación van estrechamente unidas. No podemos minimizar una sin menoscarbar a la otra. Allí donde de la singularidad, y exclusividad, de la Revelación Espe-

cial recibe debida atención, queda, asimismo, salvaguardada la «Sola Gratia». De ahí que ésta recibe todo su apoyo y garantía solamente allí donde la «Sola Scriptura» —el registro de la Revelación Especial única— es no sólo un principio sino un motor vital de la fe.

CUESTIONARIO:

1. *¿Qué opinión le merece la cita de Raymond Pániker?*
2. *Explique las modernas corrientes neo-sincretistas y universalistas del catolicismo romano a partir del Vaticano II.*
3. *¿En qué sentido la soteriología católico-romana tradicional ayuda al sincretismo moderno?*

REVELACION GENERAL Y TEOLOGIA NATURAL (3)

En nuestros días, ni el Evangelio —ni mucho menos la Biblia entera—, ni la manifestación histórica de Jesucristo en Palestina hace dos mil años, pueden ser ya considerados para muchos como la Revelación Especial de Dios a los hombres, en medio de su historia «una vez por todas». No se quiere tildar a las demás religiones de «creencias falsas» (cf. trabajos de R. Pániker citados), sino que más bien existe el deseo de estudiarlas con relación a una Revelación General amplia y opuesta al exclusivismo de la Revelación Especial cristiana. La confesión que durante siglos ha brotado de las mentes y de los corazones cristianos en el sentido de que la Revelación Especial es algo único que nos ha sido entregado dentro del cauce de la historia de Israel, en la persona de Jesucristo y en el testimonio que acerca de Cristo dan las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento, tal confesión viene siendo criticada en aras de una supuesta Revelación «general» que ya no tiene nada que ver con la Revelación General bíblica enseñada por la teología reformada. No es de extrañar. Aquel que constituye el centro de la Revelación Especial —Jesucristo— ha sido igualmente reducido a una imagen vaga y difusa compuesta en los laboratorios de la pseudoteología liberal, universalista y sincrética, que nos deja un «cristo» irreconocible y del todo punto distinto del Cristo histórico de los Evangelios y las Epístolas.

Estos conceptos casan bien con la moda ecuménica moderna, pero plantean muchos más problemas de los que

pretenden resolver. Sus apoyaturas —confesadas o no— filosóficas les han sido prestadas por el existencialismo; ahora bien, de la misma manera que el existencialismo está llevando al nihilismo en el campo filosófico, así este universalismo sincrético abocará finalmente en las negaciones más desesperadas.

Cuando se nos dice que todas las religiones contienen elementos que delatan la presencia de Dios, ¿quién es capaz de señalar con precisión en dónde se hallan los mismos y cuáles son exactamente? ¿Qué norma, qué criterio debe guiarnos en esta investigación si nos hemos desprendido de todo concepto de Revelación Especial, clara y con autoridad suficiente para ser luz en la búsqueda de la luz?

A la exclamación del salmista: «*En tu luz veremos la luz*», el moderno sincrético universalista parece oponer: «En nuestras tinieblas, y a partir de ellas, esperamos ver la luz, algún día.»

3. Los «destellos de luz» ajenos a la Revelación

Rechazar la Teología Natural católica, no admitir las modernas corrientes sincréticas y permanecer fiel al testimonio bíblico sobre la Revelación General, tan acertadamente explicitado por la teología reformada, no significa que hayamos de considerar a todas las «religiones» y «todas las escuelas de pensamiento» como total y completamente falsas. Es posible que haya destellos de luz en algunas de ellas; pero se trata de luz muy opaca y muy rara. Se trata de luces que van apagándose y aun allí donde parecen haber conservado más brillo van siendo ofuscadas por la suciedad y el polvo de siglos que la corrupción humana arroja sobre ellas.

La Revelación Especial es la piedra de toque para examinar todo pensamiento y llevarlo cautivo a Cristo (2 Cor. 10:5). Solamente con la luz de la Revelación divina podremos discernir, no los vestigios de revelación que pudiera

haber en otra parte, sino la clase de respuesta que el hombre está dando desde su particular situación en un mundo dado.

Los «destellos de luz» que pudiéramos encontrar en alguna parte que no sea la Revelación Especial de Dios, no son luces de revelación. Hemos de subrayar este punto muy enfáticamente, pues de lo contrario negaríamos la singularidad y exclusividad de la Revelación Especial en Israel y en Jesucristo. Estas luces son la clase de respuesta que el hombre da a la Revelación General que se le manifiesta por las obras de la naturaleza y por la historia, así como en su conciencia.

Nadie tan bien como G. C. Berkouwer ha explicado este punto: «El hombre no está situado en un mundo sin sentido en el cual ninguna voz llega hasta él. Por el contrario, frente al nihilismo hemos de afirmar que la vida humana tiene un *carácter de respuesta*. Aunque el hombre no sea consciente de ello, toda su vida es una respuesta, una contestación a los más profundos aspectos de su religión. Esta religión no es un instinto automático que surge de las profundidades del corazón humano, sino que más bien constituye la *respuesta depravada* a la Revelación General de Dios. Revela en innumerables variaciones la desazón y la inquietud del corazón, el cual no halla descanso hasta que descansa en Dios, según el dicho de Agustín.»

Lo trágico de la existencia humana es que, cayendo más bajo en el abismo de su propia destrucción a medida que se aleja de Dios, a veces *la respuesta* va cargada de desesperación y terror, como aquel grito de Pascal antes de su conversión: «El silencio eterno de los espacios infinitos me aterra.» Es decir: el hombre puede llegar —y hoy más que nunca está llegando a este punto— a ser totalmente ciego ante el espectáculo de la naturaleza y su ceguera le impide constatar ni siquiera la más mínima huella de Dios en la creación, de tal manera que la Revelación General es totalmente inoperante en él. Volvemos

a lo expuesto en la lección anterior: esto no hace insuficiente la Revelación General *per se*, no la denuncia como cosa deficiente, antes al contrario denuncia nuestra deficiencia y nuestro pecado. Porque nuestra ceguera constituye la única respuesta que, para vergüenza nuestra, somos capaces de ofrecer ante la Revelación General.

Es, pues, en términos de esta *respuesta* deficiente a la Revelación General que, queramos o no, estamos dando a lo largo de toda nuestra vida, como hemos de interpretar la existencia y el contenido de todas las religiones, así como de todas las filosofías y todas las ideologías habidas y por haber.

4. La gracia común

No hemos de olvidar, por otra parte, la obra de lo que los teólogos llaman la «gracia común». Esta «gracia común» opera por medio de todos los elementos de la Revelación General (las obras de la naturaleza, la conciencia del individuo, el devenir histórico), la acción de la Providencia y el testimonio del pueblo de Dios («sal y luz en el mundo»), con lo que el mundo, y los hombres, no alcanzan el grado de perversión a que llegarían en el caso de que Dios los dejara a su suerte. De ahí que cuanto haya de bueno en las demás religiones, en las ideologías no religiosas, en la ética y en las costumbres de los distintos pueblos, hemos de verlo como el resultado de dicha gracia común y no como una prueba de la posible «parte de verdad» que encierra este o aquel sistema de fe o de pensamiento.⁶

Citamos de nuevo a Berkouwer: «A pesar de las tendencias hacia el nihilismo, el hombre moderno evidencia un continuo, y a veces violento, interés por el mundo. En muchos casos, este interés por la creación no significa interés por el Creador de cielos y tierra. El cosmos se encuentra aislado del Creador, separado de él. Pero ni

6. Cf. Henry Meeter, *The basic ideas of Calvinism*. Existe edición española con el título *La Iglesia y el Estado*, T.F.L.L., Grand Rapids, 1968.

LAS RESPUESTAS DEL HOMBRE A LA REVELACION - GENERAL: LAS GRANDES RELIGIONES

la erudición, ni el arte de estos hombres han echado toda vía totalmente de lado lo que la fe considera como la obra de las manos de Dios. Y si la Revelación de Dios en Jesucristo abre los ojos, entonces este aislamiento del cosmos con respecto al Creador que es característico de la mentalidad del hombre moderno, se quiebra y es superado porque la vida en el mundo se convierte en el *servicio* de Dios y del prójimo. Entonces se nos revela, una vez más, el significado de la vida y del mundo. Se le da así al creyente el poder de la promesa que un día será cumplida.»

Todas las insuficiencias de nuestro lenguaje han de ser trascendidas por la *adoración* y la *alabanza*, según el consejo del sabio teólogo holandés que acabamos de citar. Comprenderemos entonces de qué manera tan firme la relación entre Revelación General y Revelación Especial se conectan con nuestra *culpa* y nuestro *alejamiento* de la multiforme verdad de Dios.

Consecuentemente, en todas nuestras consideraciones acerca de la Revelación General y, mayormente, al meditar en las distinciones que la hacen diferente de la Especial, hemos de ser muy cuidadosos de que no se pierda de vista la perversidad del hombre que tiende inexorablemente a corromper el primer testimonio divino dado en las obras de la Creación. No comprenderemos jamás ni el *alcance* ni la *función* pedagógica de la Revelación General si olvidamos la perspectiva dentro de la cual la sitúa el texto bíblico (Romanos 1): una perspectiva bajo la acusación de la ira de Dios.

CUESTIONARIO:

1. ¿Qué es la «gracia común»? — 2. ¿De qué manera la gracia común puede explicar cuanto queda de «buenos» en el mundo? — 3. ¿Reporta mérito para el hombre lo «positivo» que todavía es posible ver en el mundo? — 4. ¿En qué sentido podemos hablar de «destellos de luz» fuera de la Revelación Especial? — 5. ¿Cómo define Berkouwer la respuesta que el hombre da a la Revelación General?

Una objeción que, a menudo, se le hace al Cristianismo consiste en hacer alusión a todas las demás *grandes religiones*, las cuales —se dice (y casi nunca con conocimiento de causa)— también tienen sus propios «libros sagrados», sus «biblias». Estas reacciones —que pretenden ser objeciones— casi siempre delatan o bien *ignorancia del Cristianismo* o *ignorancia de las otras religiones*. En muchas ocasiones, ignorancia de ambas cosas.

Será conveniente, pues, tener algún conocimiento de las demás creencias para poder proclamar las pretensiones *únicas* de la Revelación bíblica y de Cristo.

SISTEMAS RELIGIOSOS DE LA INDIA (I)

1. Brahmanismo (o Hinduísmo)

Es un conjunto de doctrinas filosófico-religiosas de tendencia panteísta, a partir de las cuales se ha desarrollado el «Hinduismo», que, más que una filosofía o una religión concreta, es una cultura sincrética basada en las compilaciones védicas y en textos posteriores que *adquirieron luego* el rango de «sagrados».

A) *Fechas*: el núcleo originario de estas enseñanzas se remonta alrededor del 1500 antes de Cristo.